



Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros.” Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.” Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.”

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor.”

Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.”

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a vosotros.”

Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.”

Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”

Jesús le dijo: “¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Palabra del Señor.



Comentario

Los discípulos han conocido la noticia de que el Señor había resucitado, sin embargo, aún no lo han visto. Saben que algo pasa con el Señor, pero todavía no comprenden la profundidad de esa noticia.

Están encerrados en una casa por miedo a los judíos. Si a Jesús lo han crucificado ellos creen que les puede suceder lo mismo. Tienen miedo a sufrir. Sólo han contemplado el misterio de la cruz y les falta comprender el misterio de la resurrección.

En medio del miedo, de la oscuridad de la noche, cuando todo parece imposible, el Señor se hace presente en medio de ellos y les da la paz. La Paz que nos da el Señor evita las inquietudes de nuestro corazón tanto a nivel personal como a nivel comunitario.

La paz que nos ofrece el Señor es para que el alma descansa en Dios, es tomar conciencia de que sólo Dios basta, sólo Dios es el centro de nuestra vida, en Él encontramos descanso y plenitud de nuestra vida.

El Señor se coloca en medio de los discípulos. Se convierte en el centro de los discípulos. Todos los discípulos fijan su mirada en Jesús. Esta es la gran tarea de todos los creyentes: centrar nuestra mirada en Jesucristo.

Jesús ofrece la paz y muestra sus manos y su costado. Son las huellas de la pasión. El mismo Jesús que ha sufrido la pasión, que ha muerto en la cruz está vivo, ha resucitado. Los signos de la pasión en el cuerpo de Jesús son la prueba de que es el mismo el que ha muerto que el que ha resucitado.

La reacción de los discípulos es la alegría. El encuentro con Jesús produce en el alma de los creyentes una gran alegría. Una alegría que da sentido a nuestra vida, una alegría que es fruto del Espíritu Santo Cuando el Espíritu Santo habita en el alma, esta tiene gozo de estar en comunión con Dios.

El Señor vuelve a repetir su afirmación y les da la paz y a continuación les encarga para la misión. La misión de los apóstoles es continuar la misma misión que Jesucristo. Los apóstoles son continuadores de la salvación.

La misión de Jesús consistía en unir a los hombres con Dios y ofrecerles la salvación y ahora los apóstoles tienen el encargo de hacer efectivo esa unión entre Dios y los hombres y de actualizar la gracia de Dios para ofrecer la salvación.

Para ser continuadores de la obra del Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, los apóstoles y sus sucesores necesitan la parte divina, por eso el Señor les da el Espíritu Santo.



*Comentario al Evangelio II Domingo de Resurrección
Hch 4, 32-35; Sal 117; 1Jn 5, 1-6; Jn 20, 19-31*

El Espíritu Santo habitando en los apóstoles hace eficaz la gracia de Dios. La acción de Jesús de exhalar el aliento nos recuerda ese viento de Dios (ruah). Jesús sopló. Al estilo de los antiguos profetas realiza una acción simbólica. El soplo sensible es signo y símbolo de una realidad divina.

Los apóstoles reciben el don de Dios para hacer presente en todos los lugares el amor de Dios. El Señor les da el poder para perdonar pecados. Es una acción que corresponde a Dios. el Señor les hace partícipes de su poder divino. Los apóstoles son constituidos en puente entre Dios y los hombres.

El perdón de los pecados implica la reconciliación, es decir, la unión con Dios. los sacramentos nos acercan más a Dios y la salvación se hace cada vez más cercana. La misión de la iglesia consiste, por tanto, en favorecer el encuentro de cada persona con Dios y de Dios con cada persona.

Faltaba Tomás entre los discípulos. Cuando llega Tomás los demás apóstoles le comentan rápidamente, llenos de alegría, que han visto el Señor, y sin embargo, no cree. Tomás no confía en sus amigos, no se fía de las palabras de esas personas que han estado con él durante tres años día y noche.

Es una pena la actitud de Tomás. Ya ha asumido que Jesús ha muerto y no concibe que Dios hace posible lo imposible. Se ha cerrado a sus ideas, a sus criterios, a sus planteamientos.

Tomás pide pruebas palpables sobre la resurrección de Jesús. Está pidiendo que Dios siga demostrando continuamente su amor. A Tomás le ha defraudado Dios y ahora le pide y le exige pruebas y pruebas. No se fía suficientemente de Dios y de sus amigos.

Al domingo siguiente están todos los discípulos unidos y Jesús se vuelve a aparecer. Se pone en medio de ellos. Vuelve a ser el centro de las miradas de los discípulos.

E inmediatamente se dirige a Tomás para demostrarle que ha resucitado. Ese encuentro con el Señor, sin necesidad de tocarle provoca en Tomás una confesión de fe: ¡Señor mío y Dios mío!

No es necesario milagros, es importante el encuentro con el Señor para provocar la confesión de fe. Tomás nos muestra que el creyente no necesita grandes signos extraordinarios sino un encuentro personal con Jesucristo.

El Señor realiza una alabanza a cada uno de los cristianos. ¡Dichosos los que creen sin haber visto! Somos cada uno de nosotros los dichosos porque nos fiamos de la Palabra de Dios, porque nos fiamos del testimonio de los apóstoles, porque nos fiamos del ejemplo de los santos y de los mártires, de tantas y tantas personas que han sido amigos del Señor.



*Comentario al Evangelio II Domingo de Resurrección
Hch 4, 32-35; Sal 117; 1Jn 5, 1-6; Jn 20, 19-31*

Juan acaba el Evangelio diciendo que lo que se ha escrito es para que las personas creamos que Jesús no es sólo una buena persona, sino que es el Mesías, el Hijo de Dios.

La escucha de la Palabra de Dios nos lleva a reconocer en la persona de Jesús a Dios y el seguimiento de Jesús nos conduce a la vida eterna, al cielo.